



CAPITULO XXV

LA CAZA DE AVES DE RÁPIÑA

I



IN perjuicio de divertirse en la tirada de piezas cuya carne exquisita sirva de regalo al paladar y de alimentación ordinaria, el cazador verdadero, y mucho más si es propietario de tierras al mismo tiempo, no debe poner en olvido ni desdeñar la destrucción á toda hora de los animales dañinos.

Tomo III.—Caza mayor y menor

Además de las aves de rapiña clasificadas en la primera categoría, como el águila, el azor, el milano y el gavián, hay otros sumamente peligrosos para la caza, que no son menos de temer, como el cuervo, el grajo, y la urraca ó marica, cuyos instintos carnívoros no desmerecen de los de las otras aves de potente garra y encorvado pico.

Estos verdaderos facinerosos con alas destruyen, no solamente una cantidad incalculable de huevos, sino generaciones enteras de polluelos, gazapos, lebratillos, etc., etc.; llevando su audacia, su astucia y su voraz apetito hasta á los corrales donde criamos animales domésticos.

Dándoles caza desde una choza construída de antemano, el cazador se divierte al par que contribuye con suma eficacia á la conservación de las especies útiles al hombre.

Nadie ignora la enemistad que existe entre los pájaros diurnos y los nocturnos, odio que proviene de la diferencia de especies y del género de vida que cada cual hace, más bien que de los estragos que los segundos causan en las familias de los primeros.

Lo mismo que la alondra alborota con su canto apenas siente la proximidad del día, el mochuelo saluda con monótonos gritos la venida de la noche. Conviene averiguar de dónde parten, siendo probablemente de la techumbre derruida de un caserón abandonado ó de del hueco que se proyecta en el tronco de algún árbol viejo; sitios que elige para ocultarse cuidadosamente y no salir de él hasta el crepúsculo vespertino, cuando la claridad no puede ya herir su mirada investigadora.

Cerca, pues, de los parajes que la observación designa como guaridas de aves de rapaña, es donde se ha de construir una choza durante el día, lo más disimulada que sea posible, y cuya construcción no es de gran costo, pues que la rusticidad ha de ser su condición primera, á fin de que aquellas no se aperciban de la existencia del que las aguarda para darles muerte.

Una vez hecha la choza, el cazador debe buscar con esmero el tronco del árbol donde se esconde el mochuelo, y, ya encontrada, apoderarse de él vivo, lo cual es muy fácil tendiendo una red sobre el árbol y golpeando con fuerza el tronco cuando sea de día, por supuesto, y la luz del Sol se halle en toda su plenitud. El ave sale azorada de su escondite con las plumas erizadas y llena de terror, yendo á caer medio ciega en las mallas que rodean su guarida.

Cerrada la red y cogido el pájaro, se le ata por una pata y por medio de una cadenilla de hierro á un poste ó piedra preparada al efecto, dejándolo allí con todas las apariencias de que está libre, metiéndose luego el cazador con su escopeta en la choza á empezar el aguardo.

Las primeras horas que siguen á la salida del alba son, como todo el mundo sabe, aquellas en que las legiones de seres alados se muestran más atareadas é inquietas, yendo cada cual en busca del sustento de la mañana.

Á los gritos de terror que lanza, por ejemplo, un pavo azul al ver el ave de rapaña á hora tan inacostumbrada para él, responden de todos lados los pajarrillos de las inmediaciones. Los mirlos y los verdaderos que pasan toman parte en la algarabía. De repente aparece un grajo que va de aventuras y quiere saber lo que significa aquel escándalo matutino. Al principio se mantiene á cierta distancia; pero poco á poco se va acercando al bandido de su especie.

Aunque se ponga á tiro, no conviene disparar tan pronto, porque sería concluir la fiesta á las primeras de cambio. Dejadle hacer el triste papel de agente provocador, ó de reclamo, unido al mochuelo, que, por lo común, no se mueve de su poste sino para ocultar de vez en cuando la cabeza entre las alas.

En efecto, el estruendo va en crescendo: por todo el bosque no se oyen más que rumores infinitos é indefinidos: abundan las maricas, los cuervos no son menos abundantes, y paulatinamente van rodeando al mochuelo y guarneciendo las ramas de los árboles inmediatos al reclamo, con intento de lanzarse sobre él, picotearlo y saciar el odio instintivo que les anima.

Entonces llega el momento psicológico, y, apuntando bien y á mansalva, de un solo tiro pueden caer al suelo bastantes pájaros de rapaña.

El cazador que lo entiende no debe salir de la choza á recoger las víctimas, sino volver á cargar la escopeta y mantenerse escondido y al acecho; porque, una vez desvanecido el humo de la pólvora y pasados algunos instantes de la alarma natural que la detonación produce, los invasores, que continúan viendo vivo y sano al mochuelo, vuelven á la carga, y de nuevo se puede hacer en ellos tremenda carnicería.

¿Qué empleo más útil y entretenido puede dar á sus mañanas el cazador celoso de proteger la multiplicación de las aves y demás piezas que caza que no son dañinas?

Ninguna ciertamente; debiendo añadir, por conclusión, que si el uso del mochuelo da buenos resultados, produce iguales efectos el de los congéneres de mayor categoría en la escala funesta de estos temibles dañadores nocturnos (1).

II

El águila calva, no conocida en las regiones europeas, es muy común en la América del Norte, especialmente en las cercanías de la catarata del Niágara, paraje célebre que se apropia á las mil maravillas á las necesidades y á la manera de ser del ave que nos ocupa.

Allí encuentra con abundancia el pescado, que constituye su principal alimento, así como numerosos esqueletos de gamos, venados, bueyes y otros animales que la corriente arrebatada precipita luego en la olla ó concavidad, revueltos con espantosos remoli-

(1) Ilustración Venatoria.

nos. Detenidos en los peñascos donde van á estrellarse con estrépito indecible las aguas rugientes de la espumosa catarata, proporcionan dichos restos pasto esco-

gido á los buitres y á las águilas calvas que se ciernen sobre aquellos espléndidos contornos.

Hubo un tiempo en que esta ave especialísima vivía



Aves de rapaña

bajo todas las latitudes, desde las más frías hasta las zonas ecuatoriales, frecuentando con preferencia las orillas del mar y las márgenes de los ríos caudalosos. Creada por la Naturaleza para soportar así la temperatura más baja como los más ardientes calores, y do-

tada de una potencia en las alas que le permite á su capricho, no sólo resistir, sino dominar los vientos por impetuosos y huracanados que sean, el águila calva es, si no el rey, el tirano de los aires por lo menos.

Puede cruzar en pocas horas distancias inmensas;

así es que, cuando están desprovistos los lugares que frecuente y no le suministran las diversas clases de pescados de que tanto gusta, los abandona al punto y va á acantonarse á otro sitio, porque no le agrada viajar mucho, y si lo hace es forzada por la necesidad.

Merece ser descrita la manera de que se vale para pescar, y de la que hemos sido testigos presenciales en una de nuestras excursiones á la América del Norte.

Antes de visitar la famosísima catarata, que es, sin disputa, una de las maravillas más asombrosas de la creación, nos detuvimos unos días, en River's House, residencia de un amigo y compatriota, á quien manifestamos el deseo de matar una ave de la especie que nos ocupa. Á la mañana siguiente, y cuando aun no era de día, estábamos con la escopeta al hombro y en dirección de la catarata, muy distante de River's House, con propósito decidido de dar muerte al primer bald-eagle que se nos pusiese á tiro.

Al cabo de una hora de camino el tren moderó su marcha porque subía una rápida pendiente, mientras empezábamos ya á percibir un rumor sordo y continuo producido por la caída de la enorme sabana de agua. Detúvose la locomotora, echamos pie á tierra, y seguidos de dos negros que se ofrecieron á llevarnos la escopeta y el morral, emprendimos sin detenernos nuestro camino.

El espectáculo que presenciámos es de aquellos que no se olvidan nunca y que apenas pueden describirse.

Una cantidad fabulosa de agua, formando una sabana de 600 metros de ancho, se despeñaba desde una altura de más de 500 á una sima horrible, de la que salía un ruido semejante á la detonación de cien truenos. Una espesa nube de polvo de agua flotaba sobre el precipicio, y herida por los rayos del Sol parecía una lluvia de brillantes presentando iluminados los colores del arco iris. Las aguas, en su caída, chocaban con peñascos cortados caprichosamente, multiplicándose en capas infinitas y formando en su conjunto un caos sublime, un panorama natural, de esos que revelan con elocuencia aterradora cuán grande es la sabiduría y la omnipotencia del Criador.

Sobre la catarata misma se cernían las águilas que habíamos ido á buscar.

Resbalando por entre peñascos subimos la cuesta que va serpeando hasta lo alto, y sin que las aves nos vieran llegamos hasta el pie de un árbol muerto que extendía hacia las aguas sus ramas secas y desprovistas de hojas. En la más alta estaba posada un águila calva, indiferente, al parecer, á cuanto le rodeaba, pero cuya mirada penetrante y escrutadora regis-

traba sin cesar los incidentes del espacio. Un ave de rapiña semejante al halcón, que los americanos llaman *fishing-hawk*, atravesaba por cima de la cascada, y de repente, rápida como una piedra llovida del cielo, bajó y desapareció entre las aguas. El águila, inmóvil hasta entonces, pareció despertar de un profundo letargo, sacudió las plumas convulsivamente, abriendo á medias las alas, y, en el momento en que el halcón salía del agua con el pez que había cogido, lanzó un grito agudo, lanzándose en persecución del pájaro pescador. Huía éste como una saeta, pero el águila lo alcanzó pronto, y ya iba á apresarle, cuando el animal, lleno de terror y de desesperación, abandonó el pescado. Esto era lo que el águila quería, porque, dejándose caer como un aerolito, lo cogió á dos pies del nivel del agua.

Luego, remontando el vuelo, volvió á posarse en el mismo árbol que antes ocupaba y junto á cuyo tronco la esperábamos nosotros.

La misma maniobra se repitió cuatro ó cinco veces, hasta que un tiro, cuya detonación se perdió entre el rumor de la catarata, puso fin á su existencia y á sus rapiñas.

Al día siguiente, al regresar á Toronto, llevábamos tres águilas y dos buitres como recuerdo de nuestra visita á la espléndida catarata.

III

Tal y tan grande es la semejanza exterior que tiene la urraca con la corneja, que los más célebres naturalistas las han reunido en un mismo género, diciendo algunos que para convertir en corneja á una urraca basta acortarle la cola y hacer que desaparezca el color blanco que ostenta en su plumaje.

En el instinto, en la índole y en las costumbres, son aún más íntimas las analogías entre ambas especies: la urraca es omnívora, puesto que come toda clase de frutos, se arroja con ansia á los animales corrompidos, y hace presa en los pajarillos débiles, ya los ataque en guerra abierta, ó bien los encuentre prendidos en los lazos.

De aquí procede que se ha sacado provecho de su afición á la carne, adiestrándola para la caza como se verifica con los cuervos.

La urraca se acostumbra con poco trabajo á la vista del hombre, volviéndose muy mansa; picotea lo mismo

que la corneja y aprende á remedar también la voz de otros animales. Hay algunas que imitan perfectamente al becerro, al cabrito, á la oveja, y aun la música del caramillo del pastor.

Dice Plinio que esta ave gusta mucho de la imitación, que procura articular bien los nombres que oye, muriendo de pesar si sus esfuerzos son inútiles para lograrlo ó su lengua se resiste á la pronunciación de alguna voz nueva.

Caza con mucha destreza las moscas y otros insectos alados que se le ponen á tiro, y se la coge en iguales lazos y de la misma suerte que á la corneja, reconociéndose en ella las perversas costumbres de robar y hacer sus provisiones con desmedida avaricia.

No emprende nunca la urraca grandes viajes, limitándose á ir de árbol en árbol y de torre en torre; pues, para volar, la longitud de la cola no compensa la cortedad de las alas. Cuando está en el suelo no deja de moverse dando un salto á cada paso, y en la cola tiene siempre un movimiento continuo parecido al de la nevatiella.

En la construcción del nido, la urraca multiplica las precauciones á medida de su ternura y de los peligros que rodean á los seres que ama, colocándole en la cima de los árboles más altos y mayores ó sobre elevados zarzales, y nada omite para su seguridad y solidez. Después de fortificarlo exteriormente con ramas flexibles, y con una mezcla de tierra amasada, lo tapa con un tejido claro, sin dejar más que una abertura para poder entrar y salir, y eso en el lado más bien defendido é inaccesible.

Su desconfianza no se considera aún tranquila con estas precauciones, pues siempre está en acecho de todo lo que pasa á su alrededor. En el momento en que ve acercarse á una corneja, sale á su encuentro, y con



Una cacería de águilas